

A lo largo del libro maestro se aprecia la importancia concedida al cocedero, mencionado en cada casa como atributo de valor. Para el concepto de la época, cocedero, cueva o bodega es la misma cosa. En la descripción se menciona el número de tinajas de cada uno y la cabida del conjunto. Se ha de entender por lo tanto que el cocedero era el local, muchas veces llamado cuarto —cuarto cocedero con tantas o cuantas tinajas— donde tenía lugar la fermentación del mosto, es decir, la cocción.

El número de cocederos permite conjeturar el de viñas existentes que algún día se examinará, pues al no haber ninguna un siglo después, hay que suponer una epidemia anterior que dio fin del plantío y podrían establecerse ciclos filoxéricos en esta producción. Pero atengámonos al caserío por el momento, agregando a las casas de los Hidalgos, ya conocidas, las otras de su propiedad en las calles donde se hallen y con ellas las de los demás vecinos.

Muchos nombres de los que se van a ver y la duplicidad o multiplicidad de ellos aplicados al mismo lugar, se prestan a confusiones, pero teniendo en cuenta nuestras cualidades, que no son de ahora sino que nos vienen de herencia ancestral, nuestros modos, nuestras maneras, nuestro lenguaje y su intelección, se evita fácilmente y, aun no pudiendo descifrarlo en muchísimos casos, se sabe con certeza su probabilidad y la razón usual a que obedece por el giro privativo lugareño que siempre nos caracterizó.

El trabajo es largo y pesado. Para librarlo de la monotonía y favorecer la penetración en los temas convendría dividirlo y considerar aisladamente cada porción.

Lo primero que llama la atención al contemplar el caserío de 1750 es el número de plazas y placetas que albergaba en su interior, en una época que se podría andar la Villa cómodamente en menos de una hora.

Mucho después le dí yo la vuelta miles de veces en ese tiempo, dicho sea sin alardes, mientras se hacían las calles del Cuartel, del Recreo, Castellanos, Quijote, Carmen, Dr. Creus, Estrella y Salamanca, sin existir el Parque ni lo demás que hay por fuera de los sitios citados y el día que menos lo hacía media docena de veces.

Nuestros pueblos, aún necesitándolo para su amparo, bien de las agresiones o de las inclemencias, no se trazaron las calles tan estrechas y tortuosas como en otras regiones y sobre eso, a la vuelta de cada esquina, se encuentra un anchurón a modo de ejido de las casas que lo circundan, como en las quinterías, dejado ex profeso para el servicio común, en tiempos que el terreno carecía de valor. Y esa es la razón de las numerosas plazas y placetas, tan a trasmano y escondidas algunas, que hoy mismo casi se ignora su existencia y aunque los vecinos no tienen ya que dar la vuelta a sus carros o acorrallar sus ganados, solo ellos se sirven del ancho descampado que les guarda para su bien el silencio y la tranquilidad, supremo don del presente, que para sí quisieran los pobladores de los grandes centros.

Son así mismo sugestivos en extremo, los Cristos y Cruces, los Altillos, las callejuelas, las Puertas o salidas de la Villa, de cuyos límites hallaremos todavía detalles muy precisos que revalorizarán los marca-